

Macbeth



La imperecedera violencia desatada por el poder

"*Macbeth* es la historia de una guerra civil. Es la historia del viaje a los infiernos de un matrimonio. Es la historia de la destrucción de una familia. El nuestro es un espectáculo donde una comunidad familiar se ve abocada a la destrucción más absoluta y por qué no, a la absurdidad grotesca de un mundo que no cree en la justicia, ni en Dios". Así define el dramaturgo catalán nacido en 1963 Calixto Bieito, uno de los directores más controvertidos de la escena europea, su nueva y transgresora aportación al legado shakesperiano. Considerada una obra maldita sobre el miedo y la violencia, *Macbeth*, es una de las grandes tragedias clásicas que ha traspasado y trascendido la tradición occidental. La producción de Bieito se inclina por una visión más prosaica que épica, y del contraste entre la brutalidad del ambiente (los personajes son deshonestos y el ambiente es de una violencia doméstica atroz) y el lirismo de Shakespeare, puede surgir la poesía.

El director Calixto Bieito sorprende al público con una transgresora e irreverente adaptación de la tragedia shakesperiana, más prosaica que épica, de cuya violencia puede surgir incluso la poesía y la emoción

Una quincena de personajes participan en este nuevo festín escénico que nos propone Calixto Bieito, que ya presentó en enero de 2001 en el Cuyás, *La vida es sueño*. El director suprime escenas y personajes, altera el orden de la obra, y el verso se torna coloquial y sintético tras el trabajo efectuado por el traductor y poeta Miquel Desclot. El reparto de esta singularísima mixtura de emoción y demencia, está encabezado por Mingo Ràfols (*Macbeth*), Roser Camí (*Lady Macbeth*), Santi Pons (*Duncan*), Miquel Gelabert (*Banquo*) o Nacho Fresneda (*Macduff*). La escenografía estridente de Alfons Flores, repele: sillones de skai blanco, luz fluorescente gélida, leopardos de falsa porcelana...

Bieito, que estrenó el pasado verano en Alemania esta producción en la que han apostado el espacio que él mismo dirige, el Teatre Romea de Barcelona, el Festival de Salzburgo y la Münchner Kammerspiele, se aleja de los conflictos cortesanos en esta particularísima versión nada moralista, que golpea en el sentido más positivo de la palabra el espíritu del espectador.

MACBETH, DE SHAKESPEARE
Dirección: Calixto Bieito
Días 5, 6 y 7 de julio,
a las 20.30 horas

th



¿Quién necesita brujas?

Calixto Bieito transforma y altera el orden de la obra de Shakespeare, para convertirla en una singularísima mixtura de emoción y demencia

Xavier Cester

El Festival de Salzburgo ha sido y continua siendo una de las citas más glamurosas del verano musical, pero no siempre recordámos que, además del habitual desfile de divos y divas, el certamen tiene desde sus orígenes un fuerte componente teatral: no en vano, entre sus fundadores, además de Richard Strauss y Hugo von Hofmannsthal, encontramos a Max Reinhardt. La década en que Gérard Mortier ha estado al frente del festival ha comportado una potenciación de esta originaria faceta teatral, reconvirtiendo, por ejemplo, una antigua factoría de sal de la localidad vecina de Hallein en un espacio escénico. Éste fue el sitio donde Calixto Bieito presentó, el verano pasado, su montaje de *Macbeth*.

Como siempre con Bieito, existe el peligro de quedarse con la anécdota, como la señora furiosa que gritó un sonoro *nein!* ante de los tocamientos postmortem a Lady Macduff y que encabezó la posterior desertión de un grupo de espectadores. Pero este, de hecho, solo era un detalle de una propuesta que, como en los mejores montajes de Bieito, va a la raíz más profunda de las emociones, a la expresión más extrema de las pulsiones humanas, un aspecto en el cual Shakespeare ofrece un campo bien abonado. Y he aquí nuestra incomodidad: nos reconocemos en lo que vemos en escena y lo que vemos no nos gusta.

Macbeth es una historia de poder y de todo lo que estamos dispuestos a hacer para conseguirlo. Bieito condensa personajes, cambia el orden de alguna escena y sitúa la trama en el seno de una familia extensa (una banda mafiosa), aunque sea en un marco escénico y con un vestuario que recupera la faceta hortera de los años 70, huyendo del distanciamiento que podría provocar el recurso de la parafernalia típica de lanzas y coronas. En el centro, Macbeth y su lady ven la posibilidad de hacerse con el control de la banda y se lanzan de cabeza, abriendo una espiral de violencia sin fin. Una violencia endogámica, casi antropófaga: ver como el mismo sicario que comparte barbacoa con los hijos de Macduff los elimina más tarde sin contemplaciones provoca más de un escalofrío. Pero otra vez, no nos quedemos en la anécdota: sería demasiado fácil definir el protagonista con la encarnación del mal y a su mujer como un ser diabólico. Los monstruos sólo son hombres y mujeres normales, sin cuernos ni cola, por esto son (somos) más terroríficos. El peso de sus acciones y la soledad que estas generan caen de forma agobiante sobre los hombros de Macbeth y señora, pero sólo con dosis industriales de optimismo podemos esperar la justa (digamos mejor comfortable) retribución por sus crímenes. Macbeth no es castigado, no puede morir, o mejor dicho, no hace falta que muera: cuando todos los personajes (difuntos y supervivientes) vuelven a escena para incorporarse a su canción, repitiendo una y otra vez que "Death is not the end", ya nos ha quedado claro que el círculo no se cierra nunca. En un mundo así, ¿quién necesita brujas?